



UN IBSENIANO ESPAÑOL

LA HUELGA DE HIJOS

POR DON ENRIQUE GASPAR

DESPUÉS de que se estrenó la comedia de Enrique Gaspar, dijose que yo había protestado contra ella, en alta voz, al salir del teatro. Así se escribe la historia en general, y muy en particular la mía. Mis palabras fueron textualmente las que siguen: "Salgo admirada, no tanto del talento del autor, cuanto de la cultura del público. La obra es atrevida, y he creído que el auditorio iba á echarse encima dos ó tres veces."

Claro está que esto no era protestar de la obra, sino todo lo contrario. Según mi criterio el atrevimiento es mérito. Y, en efecto, *Huelga de hijos* vino á confirmar mi aseveración constante de que aquí la decadencia de la escena no se debe ni á infecundidad ó

inferioridad de los autores, ni siquiera á penuria de buenos representantes, pero á indiferencia y desvío del público, que prefiere el género corto de resuello de los teatritos, y el goce más sensual que intelectual de la música. Los que hablan del "siglo de oro," de nuestro teatro, no cuentan los años que ese siglo duró, ni reparten entre ellos el número siempre escaso de obras maestras que *nuestra Talía* produjo. En un trienio hemos disfrutado de *Mariana*, *Realidad*, *La Loca de la casa*; hemos tenido las espléndidas revelaciones de *La Dolores* y *Mar y cielo*; y hoy demuestra la vitalidad que afirmo que conserva este género la notable comedia de Enrique Gaspar, de que hablaré despacio, no sólo porque lo merece, sino porque en ella hay algo que debe considerarse como síntoma de que la dramaturgia española siente la influencia de ciertas corrientes... que parece increíble lleguen hasta aquí.

La Huelga de hijos es una comedia en tres actos. El primero se diferencia muchísimo, en su estructura, de los otros dos.

Está el primero bordado, por decirlo así; al oírlo, creeríase que el autor aspira á ueir el ingenio como cualidad distintiva, pretendiendo sólo probarnos que conoce á fondo el arte de entretener al espectador y que no se extinga la risa en sus labios, risa provocada por donaires de buena ley y observaciones chispeantes. Es la verdadera comedia de costumbres, que no se diferencia de otras comedias análogas sino por el sentido *feminista*, novísimo en el teatro español, donde desde Calderón hasta Eguilaz retumban los versos con estrépito de martillos remachando la secular cadena. En los actos siguientes la comedia se hace dramática, el ingenio cede el paso al sentimiento, y los problemas, que al principio sólo se indicaban, aparecen urgentes y terribles, pidiendo inmediata solución.

Para que se comprenda la originalidad y valentía de la tesis, me veo precisada á referir el asunto de *Huelga de hijos*.

A poco de levantarse el telón sabemos que los padres de la protagonista, Henny, viven separados, y que Henny se ha educado en los

Estados Unidos. La separación del matrimonio se originó de lo que comúnmente suelen originarse: un esposo muy joven, sin conciencia de la grave obligación que contrajo, no tarda en sentir el tedio y entregarse á todo género de reprensibles distracciones, hasta que por fin rompe él mismo el lazo conyugal, dejando á su esposa sin protección ni auxilio humano. "Nos casamos—dice—y sucedió lo que era inevitable que sucediera. A los cuatro años no quedaba más que una madre abandonada en un rincón de la Oceanía; un niño que se hacía hombre aprendiendo á afeitarse con una hija entre los brazos, y una inocente criatura á quien la lógica no le permite querernos, y el respeto le impide maldecirnos.,

El que no supo cumplir sus deberes de marido, cumple al menos los paternos dando á su hija sólida instrucción, libertad, conciencia de sí propia, una personalidad lozana y vigorosa, de que la mujer, por lo regular, carece en España. Cuando Henny, en compañía de su padre, llega á Madrid, produce en el hogar burgués de sus tíos, doña Car-

men y D. Timoteo, ese saludable escándalo, señal cierta de que un chorro de agua fresca y viva ha caído en el pantano social. Henny es una mujer sin coquetería y sin disimulos gazmoños: el amor para ella es un ideal-real, el hogar un fin, la vida un camino derecho, la sinceridad una ley. Mientras su prima Julia se pasa el día colgada del balcón haciendo telégrafos hoy con uno y mañana con otro, lloriqueando y diciendo ñoñerías, Henny, admirada de tanta insipidez y tal empobrecimiento de espíritu, la pregunta sin poderse contener: "¿Qué habrías hecho tú, mujer de poco seso y mal preparada para las luchas de la vida, si, como yo, hubieras tenido que pasar por la amargura de ver destruido tu hogar, separados á tus padres?..."

Lo que hizo Henny fué buscar el modo de crearse un hogar nuevo. Guiada por su corazón y por su inteligencia, ha puesto los ojos en Salvador, discerniendo en él al *compañero*, al que nunca pretenderá ser *amo despótico* mediante el derecho del más fuerte. "Yo no le he visto más que con el alma—dice Henny.—Es un hombre parco en la ale-

gría, como cosa fugaz; que llora en el infortunio, como yo, por dentro; y con quien me he encontrado en la vida, porque ambos la recorreremos por el camino más corto, la línea recta. Le quiero... porque dos por dos son cuatro, y el sentimiento tiene también su aritmética; y espero ser feliz, porque no me preocupo de si le sienta bien el uniforme; sólo me fijo en que le honra.„ En este cariño funda Henny sus planes de vida noble y dichosa, sus ensueños de enamorada, sus exigencias de ternura familiar, sus aspiraciones á la maternidad santa, sus legítimos y sagrados derechos de mujer. Nacida para la felicidad, como todo ser sano, fuerte y bien organizado, Henny comprende claramente que el hallarse sola, el no tener una mano que estrechar ni un pecho donde reclinar la cabeza, no sólo nos hace desdichados, sino que nos pone en peligro de no ser buenos. Su instinto le dice á Henny dónde están el puerto, el áncora y la orilla. El nombre de *Salvador*, en este caso, parece un símbolo. Salvador es la ética y la estética de Henny.

Enterado ya el padre de Henny de la elec-

ción de su hija, que aprueba gozoso, falta sólo fijar el día de la boda, cuando aparece en la casa de los tíos de Henny una pareja, un matrimonio recién llegado del extranjero, que viene á tratar de asuntos, de la adquisición de una casa de campo. El supuesto matrimonio lo forman la madre de Henny y el hombre con quien vive desde que su esposo la abandonó. — Así como se dijo, cuando Pereda escribió *De tal palo tal astilla*, que era una *contra Gloria*, puede decirse que desde este punto la comedia de Gaspar es una *contra Mariana*. El amante de la madre de Henny no es otro que el padre de Salvador... y Henny ve surgir el mismo conflicto que Mariana; ama al hijo del que afrentó á su padre.

Sin que esto sea poner en parangón el valor artístico de las dos comedias (no se trata aquí de eso, ni hay para qué), desde luego salta á la vista que la resolución de Henny es la racional, la de Mariana la insensata y enfermiza. Mariana, al saber que su amado es hijo del hombre aborrecido, pierde los estribos y comete una mala acción, ó

mejor dicho varias: apártase de su elegido Daniel, entrega su mano al General, sin amarle y sin ánimo de cumplir sus deberes de esposa, y busca, con desesperación de suicida, la infamia y la muerte. Henny, aunque herida en el corazón, empieza por rehacerse, por reflexionar, por querer, como siempre, ser justa y dar á cada cual lo suyo. La lucidez de Henny ante este problema se deriva de la lucidez con que apreció otro no menos grave. Ella no conoce á su madre, ni la ha visto jamás: halla á una señora presa de un desmayo, asistida por su padre que trata de hacerla volver en sí, y sin vacilar exclama: "Esta mujer es mi madre,,"; y sin vacilar la cubre de besos y caricias, y sin vacilar la dice estas notables palabras: "¿No sabes? Me caso. Y una vez libre, dueña de un hogar donde se viva de frente, sin rodeos, del que estén excluidas las preocupaciones, te veré á cada momento, compartiré contigo y con mi padre el cariño que os debo á los dos, y recobrando mis derechos de hija, dejaré de ser huérfana.,"

Si Henny fuese una criatura de sentimien-

to inculto, de instinto, como la mayor parte de las mujeres; si su vida no se rigiese por una ley firme de razón y de sinceridad, estas palabras suyas no significarían otra cosa sino que quiere mucho á su madre, y que sea su madre mala ó buena, no renuncia á verla y abrazarla. Pero las palabras de Henny tienen distinto sentido. Henny, que discurre, que juzga, no puede admitir el nefando criterio que arroja sobre la mujer todo el peso de la culpa, para absolver al hombre medie lo que mediere. Henny comprende que su madre ha caído, y no duda que sería mejor no caer. Pero también entiende que el daño debe imputarse al que lo origina, y que la mujer abandonada, ultrajada, herida en lo más profundo y sensible, privada de su esposo, de su hija, de cuanto podía sostenerla y salvarla, necesitaría fortaleza de heroína y virtud de santa para tenerse en pie. A otra jovencita que no fuese Henny, se la ocurriría proponer á su madre que rompiese el nudo ilegal, y soldase como pudiese los fragmentos del hogar hecho añicos. A Henny tampoco se la pasa por la cabeza

semejante cosa. Henny, que ha meditado sobre el matrimonio, se hace cargo que no puede ser la unión aparente de dos seres que ni se aman, ni se estiman, ni se necesitan, ni se completan. Henny respeta demasiado el matrimonio para pretender reunir á su padre con su madre.

Al mismo tiempo, Henny no se resigna á que un ciego azar la prive de su ventura y la cierre el porvenir. El error de Mariana no puede extraviar á Henny. El error de Mariana es el error común de la mujer: poner su destino fuera de sí misma: creerse *algo* referente á *alguien*, y no creerse *alguien* nunca. Mariana entiende que su destino está predeterminado por el de su madre y su padre, por los pecados y los extravíos de ambos, y que, siendo el hombre á quien ama hijo del hombre que sedujo á su madre, debe renunciar al amor y precipitarse loca de ira, y de pena, y de piedad filial mal entendida, en la eterna desesperación. Henny piensa de muy otro modo; y cuando cree oír la voz de sus padres que la dicen: "Ese hombre á quien quieres no puede ser tuyo, porque nosotros no

hemos cumplido con nuestro deber: ayer te privamos de una familia, y hoy te prohibimos que formes otra: niña, te inmolamos á nuestros desaciertos, y mujer, tienes que sacrificar te á nuestra conveniencia y á nuestras preocupaciones...» ella responde serenamente: «¿Es esto justo? ¿Hay ley divina ni humana que me obligue á acatarlo?»

Llega, sin embargo, un momento en que Henny, con todo su valor, con toda su convicción intrépida, titubea y desfallece. Ese momento es cuando Salvador, asustado, parece creer que entre él y Henny se interpone una charca de cieno. Momento de agonía aquel en que el corazón no encuentra la mejor mitad de sí mismo; momento de agonía, en que, al pretender apoyarnos sobre lo que amamos, sentimos que no hay firmeza, que el suelo cede bajo nuestros pies. Porque si bien cada ser humano debe considerar que realiza un destino propio, no es menos verdad que, á ciertas horas y en ciertas pruebas, ese destino cuesta más de lo que vale. Henny lo comprende así. Por algo se lucha cuando se lucha: si la falta Salvador,

el combate es inútil: mejor será echarse al borde del camino y esperar la muerte redentora.

Salvador, al pronto, no ve la situación con la claridad que Henny. Se aterroriza y supone que todo está perdido; su voluntad necesita, para templarse, la enérgica excitación de la mujer amada. Ella le guía, y Salvador recobra ánimo para hacer frente al conflicto y sacar de la tribulación la ventura. «Ahora ya no estoy sola: ya cuento con un sostén: ya tengo algo mío: á defenderlo», exclama Henny. Y lo defiende y lo asegura; Henny, depositada judicialmente en casa de sus tíos, no tardará en ser esposa de Salvador.

He calificado esta comedia de *ibseniana*, y tengo que explicar por qué. En *La Huelga de hijos*, Gaspar no imita ciertamente los procedimientos del célebre dramaturgo sueco: ni por las nebulosidades ni por las singularidades recuerda al autor de *La casa de muñeca*. Los personajes de Gaspar hablan claro, discurren cuerdate, y no piden el sol, ni menos la luna. La atmósfera

de *Huelga de hijos* no es la del brumoso y húmedo *fiord*, sino el claro ambiente de Recoletos, allí donde se yergue blanca y robusta la diosa Cibeles. Para decirlo de una vez: *Huelga de hijos* es obra de un cerebro sano. El *ibsenianismo* ó *ibsenismo* de esta comedia sólo consiste en reivindicar con osada valentía el derecho de la mujer, idea que late ó se manifiesta desembozadamente, por primera vez, en el teatro de Ibsen. Tal idea no sé que la haya sostenido y propugnado en varias obras ningun otro autor dramático moderno. Dumas la entrevió, pero no acertó á entenderla bien, ni á admitirla en sus consecuencias últimas (al contrario, según sería fácil demostrar). Y esta idea, por lo que contrasta con todo el sentido del teatro antiguo, por la radical transformación á que somete el juego de las pasiones y los afectos en que se basa el drama, es suficiente ella sola para imprimir carácter de originalidad á las obras que inspire.

Estamos tan hechos á que el sacrificio de la mujer sea resorte principal del drama, que desde *Ifigenia en Aulide* y *El Castigo sin*

venganza, hasta *Mariana* y *La Dama de las Camelias*, vemos desfilar por el teatro una serie de interesantes víctimas, siempre dispuestas á la inmólación, siempre tendiendo el cuello, siempre reconociendo que nada les corresponde, como no sea el derecho al llanto y á labrar á costa de la propia la ajena felicidad, ó á someterse al más horrendo castigo por la falta más leve, ó á expiar los pecados de otros, ofreciendo su sangre á divinidades vengadoras é injustas. Hacer interesante y simpática á una mujer que reclama, no el sol del cielo, pero sí el sol de la dicha, es nuevo y meritorio: Gaspar lo ha conseguido: ahí reside el mayor mérito de su comedia; otros elogios que pudieran con justicia tributársele, por lo limpio del estilo, lo castizo de la dicción, la gracia y el ingenio que en el diálogo rebosan, parecen secundarios, porque estas cualidades brillan en producciones anteriores de Gaspar.

Sin ellas, no obstante, la comedia hubiese corrido peligro. Si un autor falto de experiencia y que no dominase la forma presenta al público ciertas situaciones que apa-

recen en *Huelga de hijos*, se podría temer un alboroto. Nada más arriesgado que la escena entre el marido y el amante de María; nada más escabroso que la salida de María cuando abandona la casa de sus cuñados, la casa donde deja su familia legal, en compañía del hombre que ha reemplazado á su marido desde que éste la abandonó. El público no tuvo ni un rumor de protesta: el público comprendió, al menos momentáneamente, subyugado por el arte del autor, y también por la excelente interpretación de los actores.

Que hay defectos en *Huelga de hijos*, no ha de negarse; la armazón de la comedia no es todo lo sólida que fuera de desear; no se comprende que Salvador ignore con quién y cómo vive su padre desde hace tanto tiempo; no se comprende que Henny, en tres años de relaciones con Salvador, no se haya enterado de quién es su padre; no se comprende que el padre de Henny comparta la ignorancia de su hija; no se explica que la madre de Henny entre en la casa de sus cuñados sin la menor sospecha de quiénes son los

dueños. Tales inverosimilitudes perjudican al interés; acaso pudo prepararse mejor la misma situación, y es lástima que no se haya prepapado.

Repito que no pretendí comparar á *Huelga de hijos* con *Mariana*, en cuanto á valor artístico. Si por varios conceptos *Mariana* (á pesar del epílogo) se lleva la palma sin discusión posible, *Huelga de hijos* tiene en su abono el plantear en terreno nuevo y seguro el antiguo conflicto de *Montescos y Capuletos*, sacándolo del abismo de la fatalidad para resolverlo según la libertad y las inspiraciones de la conciencia iluminada por la razón.

